

HISTORIA DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

Colección Historia de la provincia de Buenos Aires
Director: Juan Manuel Palacio

PLAN DE LA OBRA

Tomo 1: Población, ambiente y territorio

Director: Hernán Otero

Tomo 2: De la Conquista a la crisis de 1820

Director: Raúl O. Fradkin

**Tomo 3: De la organización provincial
a la federalización de Buenos Aires
(1821-1880)**

Directora: Marcela Ternavasio

**Tomo 4: De la federalización de Buenos Aires
al advenimiento del peronismo (1880-1943)**

Director: Juan Manuel Palacio

Tomo 5: Del primer peronismo a la crisis de 2001

Director: Osvaldo Barreneche

Tomo 6: El Gran Buenos Aires

Director: Gabriel Kessler

**DEL PRIMER PERONISMO
A LA CRISIS DE 2001**

Director de tomo: Osvaldo Barreneche

unipe: editorial
universitaria

 edhasa

Barreneche, Osvaldo
Historia de la provincia de Buenos Aires: del primer
peronismo a la crisis de 2001/Osvaldo Barreneche;
dirigido por Juan Manuel Palacio. - 1a ed. - Ciudad
Autónoma de Buenos Aires: Edhasa; Gonnet: UNIPE:
Editorial universitaria, 2014.
448 p.; 22,5x15,5 cm.

ISBN 978-987-628-304-5

1. Historia Política de Buenos Aires. I. Palacio, Juan
Manuel, dir.
CDD 320.982 12

Imagen de tapa: Archivo Histórico de la provincia de Buenos Aires “Dr. Ricardo Levene”

Diseño de tapa: Eduardo Ruiz

Diseño y realización de mapas: Mgter. Santiago Linares y Lic. Inés Rosso, Centro de Investigaciones
Geográficas, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de
Buenos Aires, Tandil, Argentina. Aprobado por el Instituto Geográfico Nacional,
Expediente GG12 0363/5, 14 de marzo de 2014.

Primera edición: mayo de 2014

© UNIPE: Editorial Universitaria, 2014
Camino Centenario 2565
(B1897AVA) Gonnet
Provincia de Buenos Aires, Argentina
Teléfono: (0221) 484-2697
www.unipe.edu.ar

© Edhasa, 2014
Córdoba 744 2° C, Buenos Aires
info@edhasa.com.ar
<http://www.edhasa.com.ar>

Avda. Diagonal, 519-521. 08029 Barcelona
E-mail: info@edhasa.es
<http://www.edhasa.es>

ISBN: 978-987-628-304-5

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright bajo las
sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o
procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de
ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723

Impreso por Arcángel Maggio – División libros

Impreso en Argentina

Índice

Prólogo.....	9
<i>Oswaldo Barreneche</i>	

Ensayo introductorio. Buenos Aires en el contexto nacional, 1943-2001.....	13
<i>Aníbal Viguera y Oswaldo Barreneche</i>	

Primera Parte

Capítulo 1. La sociedad bonaerense, 1943-2001	53
<i>Eduardo José Míguez y María Estela Spinelli</i>	

Capítulo 2. Política bonaerense y gestiones gubernativas, 1943-2001.....	89
<i>Claudio Panella</i>	

Capítulo 3. Economía y desempeño industrial	117
<i>Marcelo Rougier</i>	

Capítulo 4. Estructura y políticas agrarias.....	147
<i>Javier Balsa</i>	

Segunda Parte

Capítulo 5. Partido y Estado en el primer peronismo	181
<i>Oscar H. Aelo</i>	

Capítulo 6. Violencia política y terrorismo de Estado, 1955-1983	209
<i>Laura Lenci</i>	

Capítulo 7. Entre historia y memoria: la política bonaerense desde la reconstrucción democrática	237
<i>Marcela Ferrari</i>	

Capítulo 8. Participación política, sufragio y representación de las mujeres en la provincia de Buenos Aires	279
<i>Adriana Valobra</i>	
Capítulo 9. La experiencia de los obreros rurales bonaerenses.....	303
<i>Juan Manuel Villulla</i>	
Capítulo 10. Industria pesquera y mundo obrero.....	329
<i>Agustín Nieto</i>	
Capítulo 11. La experiencia cooperativa en el agro bonaerense	359
<i>Graciela Mateo</i>	
Capítulo 12. Familias chacareras bonaerenses.....	383
<i>Alejandra de Arce</i>	
Capítulo 13. Los cambios culturales en el interior de Buenos Aires. Género, juventud y familia	413
<i>Paola Gallo y Daniel Míguez</i>	
Colaboradores	439

Prólogo

Osvaldo Barreneche

El presente volumen trata acerca de la historia de la provincia de Buenos Aires entre 1943 y 2001. Su punto de partida está marcado por una fecha importante. Sin embargo, los historiadores sabemos que un punto en la cronología, de por sí, es sólo una referencia que nos puede orientar hacia una mudanza de época, que generalmente antecede y sucede en el tiempo al año elegido como bisagra. Así, el lector de este quinto tomo rápidamente advertirá que varios de sus autores se retrotraen a la década del treinta e “invaden” un poco el período del cuarto volumen, para articular las primeras explicaciones que dan sentido a los argumentos que luego desarrollan, en detalle, a partir de 1943.

El año 1943, igualmente, tiene peso propio y amerita la división entre éste y el precedente tomo de la colección. El golpe de Estado sucedido durante su transcurso, que pone fin a los gobiernos conservadores de la década del treinta e inicia el proceso de emergencia del peronismo en la Argentina en general, y en la provincia de Buenos Aires en particular, no es un dato menor. Como tampoco lo es, a nivel global, el principio del fin de la Segunda Guerra Mundial y los inicios de la Guerra Fría, que coinciden con lo acontecido en los años siguientes a 1943. El mundo se encaminaba hacia un gran cambio, transcurrido durante las turbulentas décadas que conforman la segunda mitad del siglo XX, del que los sucesivos capítulos de este tomo también dan cuenta.

Al tratarse de la quinta pieza de esta colección, que cubre la etapa más reciente del pasado bonaerense, esta obra no llega “hasta hoy” sino que se detiene en el año 2001. La tremenda crisis desatada en las postrimerías de aquel año marcó profundamente a la sociedad argentina y bonaerense; no dejó ningún aspecto de la vida social, económica y cultural sin penetrar. Y abrió paso a una época nueva que aún continúa. Desde el análisis histórico, la crisis del 2001 fue el punto de llegada

escogido para dar sentido a los diversos argumentos presentados en este volumen y que recorren la segunda mitad del siglo pasado. No obstante, como ya se advertirá, los autores no se detienen abruptamente en ese año; proponen al lector, de diversas maneras, líneas de reflexión que le permiten avanzar desde aquella crisis en el análisis y la proyección de los temas abordados.

Aun cuando este tomo de la colección abarca la parte más contemporánea del pasado bonaerense, no es el último. Le sucede un sexto volumen, destinado a la historia del Gran Buenos Aires, del conurbano bonaerense, que coincide con el período histórico que el presente volumen desarrolla. La importancia de dicho espacio histórico-cultural en la historia del siglo XX bonaerense y argentino, como la dispersión analítica de su tratamiento histórico, ameritaron el nacimiento de este último tomo. Sin embargo, esta decisión planteó todo un desafío para su volumen precedente, es decir, este que el lector tiene entre sus manos. ¿Cómo escribir sobre la historia de la provincia de Buenos Aires en la segunda mitad del siglo XX “omitiendo” al conurbano bonaerense?

En realidad, para los colaboradores de este volumen, dicha omisión deliberada no ha sido tal. Cada vez que fue necesario referirse a este conglomerado urbano que rodea a la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, se ha hecho. Asimismo, consideramos que había muchos y variados asuntos en la historia de esta provincia que tenían como escenario central sus vastas planicies y sus ciudades de diversa envergadura, desparrramadas por una geografía heterogénea y generosa, que se extiende mucho más allá de los confines del conurbano. Al pensar la política, la economía, la cultura, no fue difícil hallar el peso específico del vasto espacio “interior” estudiado.

Tal vez el mayor desafío que surgió en las etapas iniciales del proceso de escritura de la obra no fue tanto la anticipada y, según se ha dicho, relativa circunscripción espacial que dejaba para otro tomo al Gran Buenos Aires, sino la selección de temas históricos relevantes a ser considerados para este volumen. En efecto, ¿cómo mantener una extensión proporcional a los otros tomos de la colección sin ignorar los temas centrales de la historia provincial durante la segunda mitad del siglo XX? La solución no fue original, en el sentido de diferente, sino que imitó la organización de trabajos presentada en los volúmenes anteriores. De esta manera, y luego de un ensayo introductorio en el cual se

procura realizar un recorrido histórico bonaerense en sus sinuosas concordancias y disidencias según el contexto nacional, se proponen dos partes.

La primera la componen cuatro capítulos, en los que se analizan los aspectos socioculturales, económicos y políticos de todo el período que abarca el tomo: 1943-2001. Dentro de los estudios económicos, se consideran especialmente la industria y el agro.

La segunda parte presenta nueve capítulos referidos a temáticas más específicas, algunas de las cuales se circunscriben a períodos históricos determinados que no necesariamente abarcan toda la segunda mitad del siglo XX. Según los temas y enfoques, algunos capítulos refieren en particular a los años del primer peronismo, otros toman desde finales de la década de 1950 hasta el retorno a la democracia en 1983, mientras hay quienes centran su aporte en este último tramo temporal del volumen hasta el 2001. Las temáticas consideradas son, en muchos casos, transversales a otros temas con los que dialogan. Así, por ejemplo, en un capítulo se analizan a los trabajadores rurales en su especificidad, mientras que en otro se toma en cuenta una actividad económica determinada, como la pesca, para también introducir al lector en el mundo del trabajo relacionado con esa industria costera bonaerense.

En suma, más que una clave de lectura, este prólogo procura dar cuenta del recorrido que llevó a la producción de la obra. Ojalá que el lector se fascine, como les ha ocurrido a sus autores, con sus contenidos e igualmente con las pasiones que despierta una historia bonaerense que no nos ha dado respiro en los últimos setenta años.

Ensayo introductorio

Buenos Aires en el contexto nacional, 1943-2001

Aníbal Viguera y Osvaldo Barreneche

En este ensayo nos proponemos trazar ciertas líneas fundamentales que caracterizan el marco temporal abarcado por este volumen de la *Historia de la provincia de Buenos Aires*. Un período que comienza con el golpe militar del 4 de junio de 1943 –que cortó el ciclo autoritario-conservador iniciado en 1930 y dio paso a la conformación del peronismo, el movimiento político que signaría la historia argentina desde entonces– y que culmina en 2001 con una crisis de múltiples dimensiones, cuyo resultado más inmediato, a nivel nacional, fue la caída del gobierno de la Alianza (iniciado en 1999) en el marco de un alto nivel de movilización social y política y del colapso del modelo neoliberal que había comenzado a construirse desde mediados de los setenta. La provincia de Buenos Aires fue uno de los escenarios centrales del proceso de crisis de inicio del siglo XXI; sus efectos impactaron significativamente en el espacio económico, el tejido social y las prácticas culturales bonaerenses.

Es difícil pretender darle a esta larga etapa cierta unidad que permita reducir su complejidad con la finalidad de efectuar una síntesis analítica. Sin embargo, como intentaremos mostrar a lo largo de estas páginas, la emergencia del peronismo y el colapso del 2001 delimitan de algún modo una suerte de parábola que va desde la conformación de un modelo de crecimiento centrado en la industria, que pudo articularse con procesos relevantes de inclusión socioeconómica y de integración social, hasta la crisis de otro modelo que, desde 1976 en adelante, había ido desmantelando los parámetros del primero y había provocado un deterioro social caracterizado por niveles extremos de pobreza y desigualdad. Tal vez muchos lectores, fuesen o no testigos y protagonistas de aquellos años, evoquen aquí recuerdos de tantas historias personales

influenciadas fuertemente por dicho proceso. Enseguida, también, pueden venir a la mente imágenes de esa pobreza y esa desigualdad, localizadas particularmente en el conurbano bonaerense, cuyas características específicas serán analizadas en el sexto y último volumen de esta colección. No obstante, una de las certezas que este quinto volumen, dedicado al vasto interior bonaerense y a sus grandes ciudades, aporta entre sus contribuciones distintivas es que dicho proceso de desmantelamiento y deterioro social no se limitó a los sucesivos cordones que rodean la ciudad de Buenos Aires, sino que tuvo impacto y consecuencias significativas en la inmensidad del territorio bonaerense y en todo el país.

Un momento fundacional —el surgimiento del peronismo y las transformaciones producidas por éste desde el gobierno— y una crisis sin precedentes —el quiebre, en 2001, del modelo neoliberal consolidado en los años noventa— delimitan entonces un itinerario en el que la Argentina llegó a conocer niveles significativos de integración social para caer luego en un dramático retroceso hacia la fragmentación y la exclusión. En ese itinerario, la dictadura cívico-militar inaugurada en 1976 se convierte necesariamente en un punto de inflexión que va más allá de su dimensión brutalmente represiva para marcar el comienzo de un drástico giro en las características integrales de la sociedad argentina. La provincia de Buenos Aires no sólo refleja este derrotero general de la historia argentina de todos estos años sino además, como marcan con mucha claridad algunos de los trabajos incluidos en este volumen, expresa en algunas dimensiones y coyunturas sus aspectos más paradigmáticos y sus manifestaciones más extremas.

EL PERONISMO

El golpe militar del 4 de junio de 1943 puso fin a la etapa de la “restauración conservadora” que se había iniciado a su vez con otro derrocamiento, el de Hipólito Yrigoyen en septiembre de 1930. El nuevo gobierno militar albergaba tendencias heterogéneas, pero entre ellas comenzó a perfilarse una que, encabezada por el entonces coronel Juan Domingo Perón, se proponía construir una nueva hegemonía política basada en la combinación de políticas económicas nacionalistas e in-

dustrialistas con ciertos niveles de redistribución del ingreso, para lo cual procuraría conformar una base de apoyo en los sindicatos y en los sectores empresarios. El ascenso de Perón no pudo ser detenido a pesar de haber generado fuertes resistencias dentro y fuera de las Fuerzas Armadas; la masiva manifestación de apoyo del 17 de octubre de 1945 consolidó su liderazgo entre los trabajadores. Los eventos de aquel día tendrían como epicentro la Plaza de Mayo, en la ciudad de Buenos Aires, pero la procedencia de las columnas obreras que llenaron la plaza en el atardecer del 17 de octubre excedieron, y mucho, los límites de la capital de la nación. Nutridos grupos de simpatizantes de Perón provinieron de todo el conurbano y de ciudades bonaerenses ubicadas más allá de los partidos que rodeaban la ciudad. Tal el caso, por ejemplo, de los trabajadores de la carne que partieron de los frigoríficos ubicados en el partido de Berisso. Sin duda, este apoyo de los trabajadores bonaerenses, entre otros factores, abrió el camino para que Perón se convirtiera en presidente de la nación al ganar las elecciones de 1946.

El peronismo se constituyó a partir de ese momento en un movimiento político que logró interpelar exitosamente a los sectores populares, y conformó a partir de ello no sólo una sólida base de apoyo electoral sino además una identidad política que arraigaría profundamente en los trabajadores y persistiría aun en las duras épocas de proscripción política que vendrían después de 1955. Si bien este arraigo político-electoral tuvo un alcance nacional amplio y duradero, no en todas las provincias el peronismo representó de allí en más la primera fuerza electoral; en algunas de ellas hubo otras estructuras partidarias que lograron conservar o construir identidades políticas exitosas con capacidad de disputarle la mayoría. En este sentido, la provincia de Buenos Aires será, sí, uno de los baluartes fundamentales del peronismo como fuerza política: salvo entre 1983 y 1987, las elecciones para gobernador —cuando las hubo— fueron siempre ganadas por este movimiento. Si bien aquí su hegemonía se vio también disputada por diversas fuerzas partidarias en distintos momentos, Buenos Aires constituyó uno de los distritos donde durante todo el resto del siglo XX la competencia fundamental giró en torno a una dinámica bipartidista en la que competían peronismo y radicalismo.

Esta profunda marca en el sistema político se asienta sin duda en el hecho de que los dos primeros gobiernos del peronismo (1946-1952 y 1952-1955) produjeron una transformación fundacional en la sociedad

argentina, al consolidar significativos niveles de integración y democratización social. No ajeno a este fenómeno fue el afianzamiento del liderazgo de Domingo Mercante como gobernador de la provincia de Buenos Aires, en coincidencia con la primera presidencia de Perón, tal como explica Oscar Aelo en su capítulo de este volumen. De este modo, la transformación iniciada a nivel nacional tuvo su correlato específico en el ámbito bonaerense. A su vez, las políticas del peronismo en el poder establecieron determinados parámetros de funcionamiento del modelo de crecimiento económico que –no sin matices y transformaciones ulteriores– constituyeron los trazos fundamentales que la sociedad argentina mantendría al menos hasta 1976. Si bien esos parámetros habían comenzado a instalarse como resultado del escenario generado por las consecuencias de la crisis de 1930 y por las políticas que los propios gobiernos conservadores adoptaron frente a ella, fueron los gobiernos militares entre 1943 y 1946 y particularmente el gobierno peronista entre 1946 y 1955 los que constituyeron el paradigma basado en la industrialización sustitutiva y la creciente intervención estatal en un objetivo deliberado de las políticas de gobierno.

Este modelo de acumulación que se consolida entonces desde los años cuarenta tendrá como motor dinámico fundamental la inversión en la producción industrial orientada al mercado interno. El Estado comenzó a jugar un papel fundamental en la promoción del crecimiento industrial al fijar un conjunto de reglas del juego que se mantendrían más allá de la etapa peronista. En este sentido, el capítulo de Marcelo Rougier demuestra que este crecimiento industrial no se circunscribió a los establecimientos fabriles nacidos en los partidos del Gran Buenos Aires, sino que, con sus particularidades, se hizo visible en ciudades del interior bonaerense como Bahía Blanca, Azul, Tandil, Tres Arroyos, Junín, Necochea y San Nicolás, las cuales concentraban actividades específicas tales como las relacionadas con las industrias agroalimentarias, metalmecánicas y de minerales no metálicos.

Así, la industria creció a partir de entonces amparada en el proteccionismo, es decir, en la existencia de cupos, limitaciones y altos aranceles que encarecían o impedían el ingreso de productos importados. Esto preservó la actividad industrial de la competencia con los productos extranjeros y le permitió avanzar por el camino de una creciente sustitución de muchos artículos –hasta entonces importados– por pro-

ductos fabricados localmente. El Estado incrementó también su intervención activa a través de subsidios y orientó su poder de compra hacia las empresas nacionales. El sistema financiero estuvo a su vez regulado por el Estado que, a través de las decisiones del Banco Central, tendió a promover la existencia de bajas tasas de interés y a darle prioridad a la industria en la oferta de créditos bancarios. En sintonía con esta política nacional, la gestión de Arturo Jauretche al frente del Banco de la Provincia de Buenos Aires entre 1946 y 1950, como parte del equipo de gobierno de Domingo Mercante, también dio gran impulso a dicha actividad.

Por otro lado, el peronismo desarrolló una política tendiente a que el Estado controlara directamente un conjunto significativo de empresas consideradas estratégicas para la economía nacional. Su condición de “Estado empresario” en rubros clave de la economía le permitía tomar decisiones de política económica, como la de mantener las tarifas de los servicios públicos en niveles relativamente bajos o abastecer a la industria de ciertos insumos básicos a precios especiales.

Sin duda el sector agroexportador siguió teniendo una importancia central en el funcionamiento de este modelo de crecimiento. No sólo porque vastas regiones del país conservaron su perfil netamente agrario sino, y sobre todo, porque la producción primaria siguió siendo la principal proveedora de divisas al generar la mayor parte de las exportaciones. En cierta medida, sin embargo, las reglas del juego del nuevo modelo —al estimular preferencialmente las inversiones industriales— contribuyeron junto a otros factores al relativo estancamiento de la producción agraria que se mantuvo al menos hasta mediados de los sesenta. Quedaba planteada así la tensión entre el impulso industrial y el dinamismo decreciente del sector agroexportador: el propio crecimiento de la industria requería de un nivel cada vez mayor de importaciones de insumos y bienes de capital pero no generaba por sí las divisas para sostenerlo, las que seguían dependiendo fundamentalmente de la producción agraria. Ya en plena etapa peronista, concretamente a partir de 1949, este desequilibrio comenzó a ponerse en evidencia con los típicos cuellos de botella de la balanza de pagos que serían uno de los puntos críticos del nuevo modelo de acumulación.

Quizá más que cualquier otra región del país, la provincia de Buenos Aires pasó a reflejar en su propia configuración geográfica la coexistencia de los dos puntales del modelo de crecimiento en desarrollo: por un

lado –y sin mencionar el conurbano–, la emergencia de polos industriales significativos en ciudades del interior bonaerense como las señaladas anteriormente; por otro, el sector agrario, en el que las políticas peronistas favorables a los arrendatarios no alcanzaron para impedir un proceso que en el mediano plazo llevaría a una creciente concentración de las explotaciones. Es que la estructura agraria bonaerense, como puntualiza Javier Balsa en su capítulo, conservaba el mismo perfil con el que se había consolidado entre finales del siglo XIX y comienzos del XX. En efecto, en los albores de la década de 1940, alrededor de un cuarto de los agricultores y los tamberos bonaerenses eran propietarios. Mientras tanto, sólo la mitad de los productores dedicados a la actividad ganadera era dueño de las tierras donde pastaban sus ganados. Y para el caso de los productores que combinaban la agricultura con la ganadería, los propietarios sólo representaban un tercio del total. La contrapartida de este panorama era la persistencia de los grandes latifundios, que pese a las políticas implementadas durante el gobierno peronista, no pudo alterarse. De hecho, la creciente estrechez de las posibilidades de acceso a la propiedad de la tierra en el espacio bonaerense generaría una tensión social que, según Balsa, llevaría a cuestionar la estructura social agraria pampeana en las décadas siguientes.

Ahora bien, el peronismo encarnó una variante específica de este modelo de crecimiento, aquella que intentaba –a través de otro conjunto distintivo de intervenciones estatales– combinar ese crecimiento industrial con políticas orientadas a la distribución del ingreso y a la inclusión de los sectores populares. Desde el punto de vista de la lógica misma de la acumulación, el énfasis en el mercado interno estaba acompañado por la intención de mantener un nivel relativamente elevado de los salarios y de complementar los ingresos populares mediante una batería de políticas sociales con el objeto de estimular la demanda agregada a través del consumo. Al mismo tiempo, esta orientación “nacional-popular” conllevaba una voluntad integradora e inclusiva respecto de las demandas populares, que se vinculaba a la vez con el fuerte impulso dado a la organización sindical de los trabajadores dentro de los marcos del Partido Justicialista (PJ) y la CGT. Esta lógica de construcción política no sólo se manifestó hacia fuera del peronismo, sino que inicialmente operó dentro de sus filas. Contrariamente a lo que una apreciación superficial de los comienzos del justicialismo pudiese indicar, en el sen-

tido de una secuencia histórica lineal basada en el liderazgo único e indiscutido de Perón, la provincia de Buenos Aires ofrece un ejemplo rico de las complejidades, marchas y contramarchas que este proceso ocasionó. Particularmente ilustrativo, en este sentido, es el capítulo de Oscar Aelo. Allí vemos cómo se va conformando una dirigencia peronista provincial, nacida de una heterogénea procedencia política que se nuclea en torno a la figura del coronel Domingo Mercante, cuya llegada a la gobernación fue fruto de una compleja negociación donde intervinieron diversos actores políticos. La consolidación de estos nuevos cuadros partidarios y de su gestión provincial llevaría, eventualmente, a un enfrentamiento con Perón y Evita, lo que motivó el desplazamiento de toda la dirigencia “mercantista” bonaerense. Si bien estos episodios no representaron una novedad histórica, en cuanto a que podemos rastrear desde mucho antes los enfrentamientos entre los presidentes de la república y los gobernadores de la provincia de Buenos Aires, no es menos cierto que la relación conflictiva entre mandatarios justicialistas nacionales y bonaerenses se reproduciría luego, ya sea en 1973, como desde 1983 en adelante, cada vez que el peronismo gobernase ambas jurisdicciones, tal como puede verse en los capítulos de Claudio Panella y Marcela Ferrari, respectivamente.

LA “REVOLUCIÓN LIBERTADORA”

Las políticas inclusivas y movilizadoras del peronismo, junto con algunos rasgos de su estilo, agudizaron una polarización que cobraría nuevo impulso en el marco de las dificultades económicas del segundo gobierno de Perón y del enfrentamiento de éste con la Iglesia. Así, el 16 de septiembre de 1955, una coalición cívico-militar autodenominada “Revolución Libertadora” derrocaba a Juan Domingo Perón cuando promediaba su segundo mandato constitucional. El golpe estuvo promovido y apoyado por sectores que, dentro y fuera de las Fuerzas Armadas, coincidían en un cerril antiperonismo que articulaba en realidad a voluntades políticas opositoras diversas. Entre los militares, el general Lonardi encabezaba a sectores que ya no estaban dispuestos a tolerar el liderazgo de Perón pero que no renegaban de los núcleos centrales de sus políticas socioeconómicas. Por su parte, otros jefes militares como Isaac

Rojas y Pedro Eugenio Aramburu representaban en cambio a los grupos más radicalmente antiperonistas que, encuadrados en buena medida en las perspectivas económicas más ortodoxas, cuestionaban a la vez el modelo económico y los avances logrados por los sectores populares en general y por el movimiento obrero organizado en particular.

Los grupos económicamente dominantes y sus expresiones corporativas apoyaron decididamente el derrocamiento de un gobierno que los afectaba en sus niveles de rentabilidad como empresarios, aunque sus intereses respecto de las políticas económicas específicas distaban de ser homogéneos. La Unión Cívica Radical (UCR) y los partidos de la izquierda tradicional (particularmente el Partido Socialista) confluyeron también en la coalición a la que justificaban como “libertadora” en relación con un gobierno al que no dudaban en calificar de “tiranía” sobre la base de las efectivas persecuciones de las que muchos de sus militantes habían sido objeto. Uno de ellos, de los más conocidos, fue el dirigente bonaerense Ricardo Balbín, acérrimo opositor a Perón. Balbín fue arrestado luego de emitir su voto en las elecciones provinciales de marzo de 1950, en las que se presentaba como candidato a gobernador por el radicalismo, según nos refiere Claudio Panella en su capítulo. Su detención en la cárcel de Olmos, cerca de La Plata, se prolongó por casi un año, y de esta manera aquel lugar de confinamiento se convirtió en uno de los epicentros de la oposición política al peronismo. A este encierro, seguido de cerca por los medios de comunicación de la época, se le sumaron tantos otros menos publicitados, por lo que la asociación del peronismo con una “tiranía” era común en el lenguaje de la oposición civil y militar de entonces. Es por eso que la caída de Perón fue vista como una “liberación” por parte de todos los sectores contrarios al Partido Justicialista.

Ahora bien, los partidos políticos de oposición que apoyaron la “Revolución Libertadora” se atribuían a sí mismos una pureza democrática que, sin embargo, lejos estaban de encarnar al derrocar a un gobierno que contaba con un amplio respaldo popular. La división “libertad” frente a “dictadura” recuperaba en parte el eje de campaña de la Unión Democrática de 1946 y servía para articular a las distintas fuerzas que por motivos diversos coincidían en la voluntad de quitar del medio a su adversario común. Para los partidos de izquierda el peronismo era el competidor que les había ganado la partida en su exitosa interpelación

a las clases trabajadoras; desde un punto de vista teórico podía esgrimirse también que al hacerlo las había encorsetado en un movimiento que las subordinaba al orden burgués. Paradójicamente, los socialistas se enrolaban en 1955 en una movida política que en los hechos restauraba el poder de los intereses inmediatos de la burguesía e inauguraba una fuerte ofensiva contra la clase obrera; como veremos, también paradójicamente, la “libertadora” iba a disparar una serie de debates que llevarían a plantear sobre nuevas y más complejas bases la cuestión de la relación entre izquierda y peronismo.

Para la UCR, por su parte, el peronismo era también un competidor a eliminar. Este partido canalizaba a la vez una suerte de “sentimiento antiperonista” que expresaba múltiples dimensiones pero parecía recluir básicamente de los componentes plebeyos de un movimiento que daba a los sectores populares una cuota de poder simbólico que resultaba intolerable para buena parte de los sectores medios. Esta sospecha, a su vez, se extendía a las relaciones de género manifestadas en términos de participación política. A partir del rol cada vez más visible que había tomado Eva Perón dentro del primer gobierno de su esposo, pero también mediante la sanción de la ley nacional del sufragio femenino y de su equivalente ley bonaerense de derechos políticos de 1947 que otorgaba a las mujeres de la provincia el derecho de elegir y ser electas —como detalla Adriana Valobra en su capítulo—, el peronismo provincial y nacional logró captar el mayoritario apoyo de las mujeres. Después de varias décadas, durante la primera mitad del siglo XX, en las cuales el radicalismo, en particular, y los partidos políticos opositores como el socialismo, en general, habían contado entre sus filas a mujeres que luchaban por los derechos políticos femeninos, durante el peronismo se vio cómo sus dirigentes también hicieron propias, a su modo, esas banderas de lucha. Así, mientras que en la Legislatura y los consejos deliberantes de los municipios bonaerenses comenzaba a observarse tíbilmente esa presencia peronista femenina, las opositoras brillaban por su ausencia. También en este espacio puede verse la emergencia y madurez de aquel “sentimiento antiperonista” que llevó a tantos a apoyar el golpe de Estado de 1955.

Por su parte, el gobierno militar —en el que ya en noviembre de 1955 el general Aramburu reemplazaba a Lonardi— inauguró una fuerte ofensiva contra la clase trabajadora y sus organizaciones sindicales que ge-

neró del mismo modo diversas formas de protesta y acción directa que conformaron lo que se empezó a conocer como “la resistencia peronista”, caracterizada por tenaces acciones para mantener viva la imagen y el legado de Perón en tiempos difíciles. La coalición antiperonista se proponía eliminar al peronismo del sistema político y del imaginario de los sectores populares, persiguiendo a sus dirigentes y prohibiendo toda mención a Perón y a toda la simbología del movimiento. Esta pretensión, basada en el infundado supuesto de que el peronismo se había sostenido gracias a maniobras manipuladoras facilitadas por el control del aparato estatal, se reveló muy pronto como ilusoria: la etapa de la resistencia no hizo sino consolidar la identidad peronista de los sectores populares y potenciar incluso sus componentes más disruptivos. En 1958 el gobierno militar convocó a nuevas elecciones presidenciales apostando a restablecer los mecanismos constitucionales pero con la firme decisión de impedir el retorno del peronismo al poder. A partir de entonces y hasta 1973, el sistema político argentino funcionaría sobre la base, por un lado, de la proscripción del peronismo de la arena político-electoral en los breves interregnos en que ésta fue habilitada (1958-1962, con el gobierno de Arturo Frondizi a nivel nacional y de Oscar Alende en la gobernación bonaerense, y 1963-1966, con el gobierno de Arturo Illia como presidente y Anselmo Marini en la provincia de Buenos Aires), y por el otro, del predominio de los gobiernos autoritarios (1962-1963, tras el derrocamiento de Frondizi, y 1966-1973 tras la destitución de Illia).

LOS AÑOS SESENTA Y SETENTA

Aunque con el golpe de 1955 los impulsores de un retorno a las políticas liberales y a un esquema económico basado en la producción primaria exportadora volvían a hacer oír su voz desde posiciones de poder, no fue esa la orientación que se consolidó en las políticas económicas que predominaron hasta 1976. Por el contrario, el modelo de crecimiento siguió funcionando sobre la base de los parámetros que se habían consolidado con el peronismo: la industria siguió siendo el eje dinámico de la acumulación, y el Estado mantuvo, e incluso incrementó, su rol interventor y regulador. Sin embargo, esos parámetros fueron profundizados en una dirección que,

en algunos aspectos centrales, sí marcaba un giro respecto del modelo nacional-popular. En efecto, y sobre todo a partir del gobierno nacional de Frondizi, se consolidó una orientación “desarrollista” que impulsaba el ingreso del capital extranjero y que procuraba dar un apoyo prioritario a las grandes inversiones en la producción de bienes intermedios y de capital, o en lo que suele denominarse “industria básica”. Para esto se consideraba funcional redireccionar las políticas de crédito y de subsidios hacia las grandes empresas locales y multinacionales. Esta orientación conllevaba también la voluntad de dejar de lado las políticas redistributivas y de altos salarios, para poner el énfasis en el intento de garantizar altos niveles de rentabilidad al capital más concentrado; en el mismo sentido, el impulso desarrollista incluía la pretensión de disciplinar a la clase trabajadora, no sólo frenando sus demandas sino procurando alcanzar una productividad más elevada a través de una mayor explotación de la mano de obra.

En la provincia de Buenos Aires, los gobernadores civiles elegidos junto a Frondizi en 1958 e Illia en 1963 desplegaron una agenda de gobierno que no siempre coincidió con el nivel nacional, especialmente en la aplicación de políticas desarrollistas tal cual se han descripto. Mientras en el territorio bonaerense se localizaban muchas de estas empresas nacionales y multinacionales beneficiadas por las medidas implementadas a nivel nacional, la acción gubernativa se orientó hacia otros aspectos demandados por los habitantes de la provincia. Tal como señala Claudio Panella en su capítulo, durante el gobierno de Oscar Alende se llevó a cabo un plan de construcción de viviendas y carreteras que buscaba cubrir los déficits en esa materia. Si, de acuerdo con lo indicado en el capítulo de Marcelo Rougier, la radicación de industrias en las ciudades del interior bonaerense se incrementó durante los años sesenta, fue en parte gracias a que, en los comienzos de esa década, la ampliación de la red vial pavimentada facilitó el acceso rápido a nuevos sitios, al tiempo que dicha red consolidaba el irreversible reemplazo del ferrocarril por el camión como medio de transporte de la producción. Confirmando la tendencia señalada, se destaca la promulgación de la ley provincial de promoción industrial durante la gobernación radical de Anselmo Marini. En este último caso, y en sintonía con la política energética a nivel nacional, se ampliaron los nodos conectivos de la red eléctrica mientras que se implementaron nuevos planes de construcción de viviendas en las grandes ciudades del interior provincial.

Más allá de beneficiar la expansión de industrias en ciertos puntos de la geografía bonaerense, estas medidas y obras de dichos gobiernos salían al cruce de otras tendencias que se desplegaban con gran fuerza en la provincia de Buenos Aires, a medida que la década del sesenta avanzaba. El capítulo de Eduardo Míguez y María Estela Spinelli, que sigue a esta introducción, da cuenta de los profundos cambios sociales ocurridos durante todo el período que abarca este volumen. Allí vemos que el crecimiento de la población urbana no se inicia sino que antecede a la segunda mitad del siglo XX. Ya en 1947, el 71% de los bonaerenses vivían en ciudades, porcentaje que se fue incrementando a lo largo de la segunda mitad del siglo. Así, las viviendas, las rutas y la energía, entre otros aspectos, también eran imprescindibles para brindar servicios a esta población. Míguez y Spinelli ejemplifican lo ocurrido en estos años con el crecimiento experimentado por las ciudades de Bahía Blanca y Mar del Plata. Con recorridos históricos diversos, vemos emerger a ambas ciudades como dos centros urbanos destacados por sobre otros en el espacio territorial bonaerense. En el caso de Mar del Plata, además de su perfil inicial de ciudad balnearia, otrora playa aristocrática y luego epicentro del turismo social a partir del peronismo, se consolida en su puerto una de las actividades económicas características del litoral bonaerense: la industria de la pesca. El capítulo de Agustín Nieto explica la evolución de esta actividad en los puertos de la provincia en general, y en el de Mar del Plata en particular. Nacida casi con la ciudad, en los albores del siglo XX, la pesca comercial marplatense había ganado en complejidad luego de setenta años. A las capturas tradicionales de caballa y anchoíta, nos informa Nieto, se sumaron las de castañeta para la producción de la harina de pescado, y la de merluza, para la elaboración del filet fresco o congelado. Así, en algún paseo por el puerto en los días en que el tiempo no dejaba disfrutar de la playa, los turistas de aquellos años podían ver, junto a las lanchitas costeras pintadas de amarillo –que todavía hoy forman parte de ese paisaje–, barcos de mayor porte dedicados a faenas mucho más complejas.

La creciente actividad industrial, comercial y de servicios, junto a otros factores, atrajo cada vez más a las personas hacia las ciudades bonaerenses. No eran éstas, en muchos casos, opciones totalmente libres. Durante la dictadura de Onganía se puso fin a las sucesivas prórrogas de los arrendamientos de tierras. Como informa en detalle el capítulo

de Javier Balsa, en 1968 se dio la expulsión de muchos chacareros de tierras que habían rentado, en algunos casos, por generaciones. A partir de ello, muchas de estas familias se trasladaron a las ciudades más cercanas. Un detallado informe de este proceso, ejemplificado gráficamente por sus cuadros y sus fotografías, puede verse en el capítulo de Alejandra de Arce en este volumen. Ella nos cuenta cómo la “familia chacarera” se vio afectada por estos cambios y cuáles fueron las estrategias llevadas a cabo para sobrevivir y seguir adelante. Se manifiesta particularmente en su relato y en las ilustraciones que lo acompañan el rol de la mujer en estas familias, tanto en las relaciones de género como en la educación de los hijos. Es que junto a los cambios económicos y sociales, iba creciendo en esos años una nutrida población juvenil que desafiaría las costumbres de sus padres. Por ejemplo, los bailes tradicionales de los pueblos y ciudades del interior bonaerense, “custodiados” por las madres chaperonas que desde su silla vigilante controlaban la conducta de sus hijas, dio paso a los “asaltos” o “malones” en las casas de familia, según detallan Paola Gallo y Daniel Míguez en su capítulo sobre los cambios culturales ocurridos en el interior bonaerense durante las últimas cinco décadas del siglo XX y que comienzan precisamente en estos años. Con la conciencia moral tranquila de que la sana diversión juvenil transcurría en ambientes familiares conocidos, las chaperonas fueron pasando a la historia mientras los jóvenes, desprovistos de la supervisión parental, convertían esos espacios de diversión en ámbitos de socialización de experiencias iniciáticas de las más variadas. Un cambio de época a nivel cultural no sólo se gestaba en las grandes ciudades, sino que era acompañado por jóvenes adeptos que lo encarnaban hasta en los más recónditos ámbitos del territorio bonaerense.

En este contexto de cambios en los que no siempre es posible dar fechas precisas, la señalada orientación económica y social, a la vez desarrollista y excluyente, tuvo ciertas oscilaciones pero fue la que tendencialmente se impuso como predominante entre 1955 y 1973, y se consolidó en particular bajo el gobierno militar de Juan Carlos Onganía. He aquí, sí, una fecha que dejó una marca en todo este período. A diferencia de las anteriores, esta nueva dictadura inaugurada el 28 de junio de 1966, pomposamente autodenominada “Revolución Argentina”, encarnaba un proyecto autoritario de carácter fundacional y de largo alcance. Ya no se trataba de destituir a un gobierno civil para convocar en

poco tiempo a nuevas elecciones, sino de llevar adelante un profundo proceso de reestructuración económica y social que sólo después de un largo período podría en todo caso desembocar en un nuevo formato político de democracia controlada. El gobierno de Onganía clausuró de manera drástica la actividad política –lo que afectó a todas las fuerzas partidarias, ya no sólo al peronismo– e implementó políticas autoritarias que invadieron ámbitos de la vida cotidiana e instituciones educativas: así, por ejemplo, las universidades nacionales que desde 1955 habían funcionado bajo los parámetros de la autonomía universitaria, inspirados en la reforma de 1918, fueron intervenidas y sometidas a episodios represivos. Si bien las imágenes de la denominada “Noche de los bastones largos”, del 29 de julio de 1966 tuvieron su epicentro en las facultades de la Universidad de Buenos Aires, desalojadas por la policía, a ésta le sucedieron otras “noches” en las cuales todas las universidades localizadas en territorio bonaerense sufrieron la misma suerte. En este sentido, el capítulo de Laura Lenci es muy ilustrativo, pues no solamente se concentra en el cenit de la represión estatal ilegal ocurrida a partir de la dictadura militar de 1976. Antes, su desarrollo nos conduce por las décadas del cincuenta y sesenta, y se detiene en episodios clave –como este de 1966– en los cuales se ve la emergencia de los componentes centrales del terrorismo de Estado, que va a tener en el espacio bonaerense uno de sus escenarios más tristemente célebres.

También en estos años, acompañando los cambios señalados, y en el marco de la creciente represión estatal y la obturación de los canales institucionales de participación, surge una y otra vez una pregunta: ¿Qué hacer con el peronismo y con su exiliado líder? Si este movimiento político –encarnado por un lado en la organización sindical y al mismo tiempo en una persistente identidad peronista que atravesaba a la mayoría de los trabajadores– no podía ser eliminado, tampoco entre 1955 y 1976 se suprimió la trama de leyes, decretos y prácticas que en conjunto mantenían un esquema de relaciones laborales con fuertes componentes de protección y empoderamiento del trabajo frente al capital. El modelo de crecimiento que hemos descripto, sin superar las condiciones de explotación y de asimetría que conlleva el carácter capitalista de la sociedad argentina, y a pesar de la ofensiva empresarial que implicó el avance del desarrollismo excluyente, funcionó durante toda esta etapa articulado a un sistema de relaciones de poder social y de

reglas del juego que permitía a los trabajadores –fuertemente organizados a través de la estructura sindical– enfrentar una y otra vez –con éxito variable y siempre relativo– los intentos de los sectores dominantes de incrementar sus niveles de ganancia y de control sobre los procesos de trabajo. Un relativamente elevado nivel de integración social a través del trabajo, en condiciones bastante cercanas al pleno empleo, constituía a la vez la base y la expresión de esta relación de fuerzas. Los intentos de transformar este equilibrio a favor del capital están en buena medida en la base de las políticas excluyentes y de las ofensivas autoritarias más contundentes del período, como lo fueron las de los años de Onganía y de sus respectivos interventores militares en la provincia de Buenos Aires; estos objetivos se articularon con el impulso represivo vinculado al avance de la “Doctrina de la Seguridad Nacional” en el contexto de la Guerra Fría –abordada también en el capítulo de Laura Lenci– y dieron lugar al creciente despliegue de prácticas represivas legales e ilegales desde el aparato estatal.

Vistas en el mediano plazo, estas ofensivas lograron que los niveles de productividad superaran los niveles de recuperación de ingresos que los trabajadores lograban imponer una y otra vez. Pero al mismo tiempo, las condiciones estructurales que de algún modo favorecían la capacidad de resistencia de la clase obrera permitieron que esas luchas adquirieran, desde mediados de los años sesenta, rasgos de radicalización que llevarían a incrementar cuantitativa y cualitativamente el desafío planteado a los intereses dominantes. En este sentido el Cordobazo de 1969 constituye un momento culminante de esas luchas con nuevos protagonistas y objetivos, pero fundamentalmente el punto de inflexión a partir del cual las acciones obreras se articularían con un proceso de radicalización política de más amplio espectro. Lo iniciado en Córdoba se continuó de inmediato en la provincia de Buenos Aires, a nivel capilar, frente a la perplejidad de las autoridades militares en el gobierno.

Al avance autoritario se le opuso, en efecto, no sólo la resistencia de la clásica estructura sindical, sino además un despliegue de nuevas fuerzas sociales y políticas que, si heterogéneas, tenían en común un horizonte que adquiriría un tono crecientemente disruptivo y en buena medida revolucionario. En el plano sindical, nuevas corrientes desafiaron a las conducciones peronistas desde posicionamientos que conllevaban una orientación clasista (en tanto apuntaban a la superación del

orden capitalista) o que, sin alcanzar niveles ideológicos tan definidos, asumían acciones y objetivos cada vez más combativos respecto de la dominación de los empresarios sobre el proceso de trabajo. A esto se le sumó la emergencia de nuevas fuerzas partidarias en el campo de la izquierda, que en gran parte resultaron de sucesivas rupturas o desprendimientos de los viejos partidos socialista y comunista, pero también fueron producto de una compleja trama de trayectorias militantes de origen diverso que surgieron en un ambiente en el que la influencia de la revolución cubana y la fuerte ofensiva autoritaria promovían constantes replanteos acerca de los horizontes y las prácticas que debía asumir la lucha revolucionaria. En ese entramado de nuevas militancias que se inclinaban hacia vertientes cada vez más radicalizadas tuvo también mucho que ver la búsqueda de una convergencia entre izquierda y peronismo, que comenzó a desplegarse desde ambos campos: el desafío que introdujo el contexto de persecución al movimiento peronista llevó a muchos a repensar una relación que había nacido como antagónica en los años cuarenta. Así, con afluentes militantes provenientes desde fuera y desde dentro del propio tronco justicialista, se fue consolidando una corriente que –con un componente predominantemente juvenil– a comienzos de los años setenta ya era reconocida como la “tendencia revolucionaria” del peronismo. La militancia en los ámbitos universitarios, profesionales e intelectuales también se vio atravesada por esta radicalización política y por la creciente confluencia entre peronismo e izquierda. En este ámbito se dio también la emergencia de diversos grupos que optaron por la lucha armada, los que hacia 1970 confluyeron en dos grandes organizaciones político-militares: Montoneros (ligada a la tendencia revolucionaria del peronismo) y el Ejército Revolucionario del Pueblo (brazo armado del Partido Revolucionario de los Trabajadores). El despliegue territorial de estas dos organizaciones penetró de forma profunda el espacio bonaerense. Esta capacidad operativa y la creciente militancia adpta tuvieron su triste y posterior correlato en la proliferación de muchos centros clandestinos de detención en la provincia de Buenos Aires a partir de la dictadura militar de 1976. En cada ciudad bonaerense, como La Plata, Mar del Plata o Bahía Blanca, sin descartar por supuesto el Gran Buenos Aires, donde estas organizaciones en general juveniles tuvieron un mayor número de militantes, se instaló luego uno o más centros clandestinos de de-

tención, como puede verse con claridad en el capítulo de Laura Lenci de este volumen.

Así, desde los inicios de la década del setenta y frente a la agudización de la conflictividad social y política, las Fuerzas Armadas, luego de reemplazar a Onganía por Levingston y a éste por Lanusse, decidieron abandonar el proyecto fundacional que habían iniciado en 1966 y apostar una vez más a una salida político-electoral, esta vez pensada como instancia que podría reabsorber el conflicto a través de canales institucionales. Esta apertura desembocó en las elecciones nacionales del 11 de marzo de 1973, en las que –proscripto Perón, aunque ya no el peronismo– la fórmula Cámpora-Solano Lima del Frente Justicialista por la Liberación se impuso con el 49% de los votos. El peronismo ponía en evidencia su capacidad para seguir concitando el apoyo mayoritario, en particular de los sectores populares pero en esta oportunidad también de un núcleo significativo de sectores medios movilizados que formaban parte del proceso de radicalización política que hemos mencionado. El retorno del peronismo al poder y de su líder a la presidencia el 12 de octubre de 1973 –dado que Perón triunfó ampliamente en las elecciones abiertas a partir de la renuncia de Cámpora ocurrida tres meses antes– generaba expectativas diversas, desde las que lo creían el único partido capaz de reencauzar el conflicto político en términos moderados hasta quienes aspiraban a que el movimiento peronista pudiera ser el instrumento para avanzar hacia un proceso profundo de transformación al que muchos conceptualizaban como un “socialismo nacional”. En realidad el propio espectro de la militancia peronista abarcaba ambas posibilidades y otros matices intermedios; y también en su seno se iría consolidando rápidamente otra tendencia, esta vez radicalizada pero hacia la derecha, que apuntó a erradicar del movimiento –y no sólo de él– a todas las expresiones de la izquierda revolucionaria y del sindicalismo antiburocrático.

La compleja y agitada coyuntura de 1973-1976 marcó una trágica condensación y aceleración de los conflictos, al agudizarse el enfrentamiento entre los proyectos en pugna que, con viejos y nuevos actores, venían configurando una dinámica política en la que la polarización peronismo-antiperonismo se desdibujaba en el marco de una confrontación más general entre izquierda y derecha, o al menos entre ruptura y conservación del orden social. En el propio seno del gobierno, un efi-

mero momento en el que parecía predominar la tendencia más radicalizada del peronismo cedió paso, primero, a la decisión de Perón de volver a recostarse en los actores clásicos del movimiento –viejos cuadros políticos y dirigencias sindicales tradicionales– y luego a la creciente presencia en los núcleos de poder de una ultraderecha que, encabezada por José López Rega, se convertiría en la punta de lanza de los planes más regresivos y represivos que terminarían por imponerse en 1976. La muerte de Perón el 1° de julio de 1974 redujo drásticamente las posibilidades de organizar a los distintos grupos que se disputaban el control del gobierno y su orientación.

En el ámbito de la provincia de Buenos Aires, este itinerario tuvo dos estaciones claramente definidas: el gobierno de Oscar Bidegain, que asumió el 25 de mayo de 1973 apoyado en los cuadros de la tendencia revolucionaria, y el de su vicegobernador Victorio Calabró, un dirigente sindical vinculado a los grupos de ultraderecha que desplazó al primero en enero de 1974. No fue este reemplazo un hecho fortuito. El día anterior a la renuncia de Bidegain a la gobernación, un comando del Ejército Revolucionario del Pueblo atacó el cuartel militar de la ciudad bonaerense de Azul. Como indica Lenci en su capítulo, Perón prácticamente culpó a Bidegain y sus acólitos de la tendencia revolucionaria por estos hechos, y forzó su dimisión. El presidente, además, impulsó reformas en el Código Penal con las que agravaba las penas por este tipo de acciones consideradas “subversivas”. Interpretado por algunos justicialistas como un decidido apoyo político de Perón a sus respectivas facciones, estos cambios fueron vistos por otros como jugadas estratégicas del anciano líder en función del proceso político y revolucionario en marcha, según sus propias opiniones. Lo cierto es que en el escenario bonaerense se reproducía y de algún modo se anticipaba el dramático y violento enfrentamiento entre diversas facciones del peronismo, que se intensificó a partir de la muerte de su líder y signó el crecientemente enrarecido clima político provincial hasta el advenimiento de la dictadura militar.

Las políticas económicas reflejaron también una parábola que se articulaba con esos alineamientos políticos y, a la vez que tramitaba de manera cada vez más extrema las tensiones previas, adelantaba el sesgo que se impondría finalmente en marzo de 1976. En efecto, en una primera etapa el plan económico de José Gelbard (ministro de Economía desde la asunción de Cámpora hasta octubre de 1974) constituyó un nuevo –y úl-